

La vida de las ciudades, como la sucesión de las cuatro estaciones del año, tiene sus días grises y sus días soleados. Con sus eclipses, con sus guadianas, hay en la vida comunitaria un sector que corrientemente no se le aprecia hasta que se ha prescindido de él. Nos referimos al ambiente artístico y a sus animadores natos, los artistas. Ignorar la animación artística o prescindir deliberadamente de ella puede ser tenido por lesa omisión, factor preparatorio de una fuga de cerebros, que luego se lamenta. Contrariamente, conceder a los artistas el uso de la palabra — y escucharla — entendemos es señal de buena voluntad de servir.

Nuestra ciudad se halla actualmente en una notable encrucijada. Precisamos hacer una breve referencia a la Gerona del primer decenio de este siglo que vivimos. Fue una época con importantes frutos, propios de una evidente vitalidad: el G.E. i E.G. alcanzó un cenit de verdadera popularidad, como pocas entidades lo han tenido; se editaba la revista «Víctors», que en su género

La ciudad de Fidel Aguilar

fue una auténtica precursora de los ímpetus independientes y renovadores que otras publicaciones airearon muchos años después; el impulso de modernidad de aquella época movió la idea y la primera realización de la Piscina de Gerona; unos enamorados del tomavistas fundaron el Cinema Amateur; otros, adelantados innovadores del sector comercial, crearon la Fira Comercial, mientras otros iniciaron la Fira del Llibre. Excelente hoja de servicios que, bien objetivamente, justifica mucha añoranza, y más todavía teniendo en cuenta que la población de la ciudad sería entonces aproximadamente un tercio de la actual. Sencillamente, existía vida. Así las cosas, surge en aquella Gerona un ambiente artístico y en él un joven dibujante y escultor, Fidel Aguilar, que antes de morir a los 22 años tiene tiempo de realizar una obra que a medio siglo de distancia ha sido válida para una acción de deses-perezamiento de Gerona. Fidel Aguilar, el artista-guadiana, es entre nosotros el revulsivo natural que puede actuar más eficazmente. La luz vuelve al celemín.

Fidel Aguilar tiene ya en lo artístico sus investigadores y sus valedores. Ligado a un importantísimo momento del «noucentisme» en la le-

por JORDI DALMAU

vítica Gerona, de la mano de Xavier Montsalvatge y Rafael Masó, pasa por derecho propio a la antología de la época Pero más que a lo estrictamente artístico no interesa dirigirnos al aspecto humano y sociológico del hecho Fidel Aguilar. No podemos ocultar que la inevitable comparación de aquella su época gerundense con la nuestra ha pesado en el comentario que escribimos. Hay una larga y expresiva carta de Eugeni Ribalta a Fidel Aguilar, de la que entresacamos unas líneas por compartirlas plenamente y por considerarlas muy autorizadas sobre el espíritu de Gerona: «Per dins, ara, la ciutat es molt buida; s'hauria d'omplir amb coses concretes i reals, vivents i ben nostres». El diagnóstico es tan triste como objetivo, y su evidencia se obtiene mirando tan sólo calles y plazas de la ciudad «molt buida», desprovista de imaginación para ambientarlas.

Aún así, es decir a pesar de ser así, la semilla existe en estado de buena esperanza. Y ésta a veces alumbra gozosamente. Dos muestras: hoy, en los círculos artísticos de nuestra región se reconoce ya la existencia de una «escuela de investigadores de Gerona»; segunda, hay una firme decisión municipal pro Fidel Aguilar, mucho más allá de un escueto homenaje oficial de un Ayuntamiento a un artista desaparecido. Ambas muestras, entremezcladas, han infundido a la ciudad de Fidel Aguilar un acierta ilusión. Los investigadores, que no son un mito sino unos nombres bien concretos, Joan Tarrús, Jaume Fàbrega, Eugeni Ribalta, María Llisa Tarrús, Narcís Comadira, han realizado la primera valoración profunda de Fidel Aguilar dentro del marco gerundense, catalán y europeo de la época; el semanario «Presencia», en su extraordinario número 299 (3 de abril 1971), dedicado al Noucentisme, junto con el catálogo de la obra de Fidel Aguilar, que fue publicado por el Ayuntamiento de Gerona y el Colegio de Arquitectos, y la exposición de homenaje, un modelo didáctico

de exposición, son tres exponentes bien claros del gran respeto que todavía palpita en la ciudad. Hoy suena el nombre de Fidel Aguilar. Y suena justamente en los despachos de una Alcaldía que está encariñada en hacer que siga sonando el nombre de un artista 35 años olvidado, figurándolo si cabe como un símbolo de la Gerona más humana que todos deseamos.

La redención del olvido del artista llevará aparejada la redención del nombre de la ciudad, demasiados años obsesionada por una infraestructura de lodos y cementos que a fuerza de pretender domarlos ha terminado oliendo igual que ellos. La estima de Fidel Aguilar puede ser capaz de «crear» un medio ambiente 1970 y pico, que nuestra ciudad necesita vitalmente. Nuestro artista de la calle de la Força vivió en una época «entusiàsticament creadora», según su investigador Jaume Fàbrega, «i a la formació artística hi tenia un paper generós el medi ambient». Ahora sería muy hermoso que el arte de Fidel Aguilar, hecho así, digamos de soplo comunitario, revirtiese a la misma comunidad que ahora inicia la búsqueda de una creación.

Esto último sería, para Fidel Aguilar, un nuevo monumento, el más inmaterial. Los «Amics de les Arts» le levantaron un monumento en 1930, en la Devesa de los paseos digestivos, hoy un tanto convertida en antesala de la tristeza. Muy bien estuvo erigido allá y entonces. Pero hoy Fidel Aguilar y la ciudad — la ciudad de las imposibles digestiones — necesitan otro monumento: el inmaterial de la presencia espiritual del arte en la ciudad, en sus planificaciones delirantes, en sus invisibles jardines, en sus promociones juveniles, y en sus bautismos de deseos.

Alegrémonos, si todo esto aun es posible. En una página artística del semanario «Destino» Francesc Fontbona ha podido decir que «Gerona, con el apoyo de su corporación municipal, es ya un ejemplo a seguir». Y afirmaciones como ésta no se pueden leer todos los días.